



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

DIRECTORES DE PERIÓDICOS
ANDRÉS MELLADO



Dirigiendo *El Imparcial*
justo renombre conquista
de eminente periodista
y escritor excepcional.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Un cuento sin gracia, por José Estramiera.—Un valiente, por Luis de Ansoarena.—De la gloria, al chocolate, por *Froy Canali*.—Desde Elorrio, por José Jackson Veyán.—Invitación, por Juan Pérez Zúñiga.—Señoras bufas, por José López Silva.—Chismes y cuantos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Andrés Mellado.—Variedades.—El verano en las alturas, por Cilla.



(DESDE VIGO)

Hay quien disfruta muchísimo cuando viaja.

Ha venido conmigo en el tren un joven bastante guapo de esta localidad, que pasa en Madrid los inviernos, porque se está preparando para Aduanas desde Noviembre del 85, y en cuanto llega el mes de Junio escribe á su familia pidiéndole dinero para el viaje so pretexto de que está tísico á fuerza de estudios.

En Madrid se surte de todo lo necesario, á fin de presentarse ante sus paisanos con los adornos que exige su interesante argumento. Cuando entró en el vagón, todos experimentamos gratísima sorpresa, porque llevaba un trajecillo claro de última moda, casquete escocés, camisa rayada, zapatos color de canela y sobretodo de dril. No le faltaba un detalle.

Colocó en la rejilla el saco de mano y me saludó alegremente con estas palabras:

—Conque á Vigo ¿eh? Yo también. Todos los años hago la excursión... ¡Qué bonito es aquello!

¡Estaba radiante de felicidad! El tren tardaba en partir, porque era excesivo el número de viajeros, y fué necesario poner varios coches más; el joven manifestaba su impaciencia asomándose á la ventanilla y diciendo á cada paso:

—¡Caramba! ¡Qué calma tienen estos del ferrocarril! Está uno deseando que arranque el tren... ¿Verdad V.?

Una señora que venía en uno de los rincones y parecía una ostra por lo achaparrada, no pudo menos de decirle:

—¡Ay, hijo! Bien podía V. estar quieto. Me ha tropezado V. dos veces en la nariz con la Guía de ferrocarriles.

Pero el joven no podía parar la atención en aquellas pequenezas. Toda su imaginación estaba fija en el viaje, en la ropa del baúl y en la emoción que iba á producir entre sus paisanos al presentarse en Vigo elegantemente ataviado.

Durante el trayecto no hacía más que quitarse el casquete para sacudirse la rubia cabellera con un pañuelo. Otras veces se restregaba el rostro con una servilleta. De cuando en cuando hojeaba la Guía para saber los nombres de las estaciones, y en cuanto había ocasión bajaba al andén y bebía agua con aguardiente, ó compraba rosquillas ó iba á hacer preguntas á los empleados. El no podía estar quieto.

—Joven, que se va V. á quedar—le decía la señora de la esquina.

—¡Cal!—contestaba él sonriendo.

Y fuese porque la felicidad le quitaba conocimiento, ó porque había nacido torpe de suyo, el caso era que nos pisaba á todos; y en una ocasión puso ambos pies encima de los de un capitán de la Guardia Civil, y éste le llamó «bruto» y á poco más le pega con el tricorno y con un panecillo que llevaba sobre las rodillas.

—Dispense V.—decía el joven.—Yo cuando viajo soy así. Por mi gusto me estaría en el tren toda la vida.

En las Navas tomó leche, en Avila chocolate, en Valladolid café solo y en Palencia una gaseosa; y todos aquellos líquidos le produjeron tal revolución en las tripas, que antes de llegar á León estaba medio muerto, y tuvimos

que ponerle boca abajo á ver si se libraba de aquellos retortijones por medio del vacío.

El no pegó ojo en toda la noche, y cuando llegamos aquí tenía la cara lo mismo que un panecillo de Viena poco cocido.

En la estación le esperaban varios deudos y amigos; el joven besó á unos, abrazó á otros, dirigió á todos varios chistes, con más ó menos ingenio, y se dispuso á atraer las miradas públicas desde aquel punto y hora.

Al día siguiente le encontramos en la Alameda con otro trajecito color de aceituna aliñada, dirigiendo miradas á su alrededor como aquél que dice:

—Bien claro se ve que vengo de Madrid. ¡Vaya una ropa que me traigo!

Hoy se habla de este joven con bastante insistencia, porque como guapo es guapo, y además parece que al día siguiente de llegar se declaró á una chica de la localidad, que es aquí la número uno.

—¡Cómo se le conoce el aire de Madrid!—dicen los amigos del forastero.

—Pero qué atrevidos son todos estos cortesanos—añaden otros.

El joven está gustando mucho estos días, porque no hay nada más interesante que haber residido en la corte todo un invierno y estar próximo á ingresar en el cuerpo de Aduanas. No es este el único tipo que conocemos. La mayor parte de los jóvenes locales que dejan la madre tierra para residir en la corte, y vuelven de temporada á los patrios lares, adquieren á los ojos del vecindario importancia extraordinaria.

Hay uno aquí que combate públicamente el caldo gallego y pronuncia discursos en contra de la patata nacional, sólo porque estuvo en la corte de paso y comió una vez en Fornos. convidado por un camarero tío suyo.

* * *

Por ahora no hay forasteros, excepción hecha del que vino en el tren con nosotros y de un joven alto, con chaqueta de astracán, que se dedica al comercio de pollos.

Los vecinos se entregan á sus habituales tareas sin que les molesten los bañistas, y puede uno entrar en los cafés libremente, seguro de que no ha de encontrar quien le diga en alta voz para darse tono:

—He pedido horchata de almendras y me han dado agua de vejeto. ¡Qué país! ¡Ay Madrid de mi alma! ¡Allí sí que es bueno todo!...

Los madrileños, salvo honrosas excepciones, van proclamando á voz en cuello su oriundez, como si quisieran excitar la envidia de los demás mortales, y no pierden la ocasión de poder decir que han visto el estreno de *La Gran Vía*, ó que conocen personalmente á Mesejo el gracioso, ó que estaban en la acera de la calle de Fuencarral cuando se cometió el tan reputado crimen. La cuestión es demostrar que viven en la capital de España, metidos en el comercio de las ideas y de los espectáculos, mientras la gente de provincias juega al dominó en los cafés y paga las contribuciones en la Delegación de Hacienda.

Claro que la gente de aquí, á falta de cosa mejor se mete en la política, y hay señora de su casa que está bariendo y pensando á la vez en la situación de Cassola y en la gordura de Toreno.

—¿Y qué me dice V. de lo del santo y seña?—nos preguntaba una apreciable madre de familia.—Aquí se ha hablado mucho del suceso.

—Es natural—contestamos.—Esas cosas llegan al alma é influyen en la alimentación de los chiquitines.

Ahora comienza á preocupar bastante lo del conflicto franco-alemán y lo de los alcoholes, porque como no hay otra cosa en qué pensar, la gente necesita distraerse de alguna manera, y mientras no lleguen las fiestas de la Reconquista con su acompañamiento de cohetes—¡ay!—certámenes literarios—¡uf!—y demás regocijos públicos, habrá conversaciones políticas y estaremos expuestos á que nos pregunten las señoras:

—¿Qué es V.?
 —Dicen que soy rubio, pero no lo creo.
 —¿Y en política?
 —Trigueño.
 —Bien, ¿pero con quién está V.? ¿Con D. Fulano, que es conservador, ó con D. Mangano, que es liberal?
 —Señora, yo no estoy con nadie.
 —No lo niegue V. La otra noche le han visto pasear en la plaza con Remigio, el de la tienda de comestibles, que es conservador.
 —No lo niego.
 —Y eso prueba que está V. identificado con su política. Una de dos: ó se afilia V. con nosotros ó se va usted con Remigio. A mí los pasteleros me revientan...
 En vista de esto mandé hacer doscientos baños, que después de todo es la política que más refresca.

LUIS TABOADA.

UN CUENTO SIN GRACIA

Nada se me ocurre, Elisa; lo digo como lo siento.

Quisiera contarte un cuento que hiciera morir de risa;

mas, hija, si estoy tan soso que aunque hace ya una hora entera que rebusco en mi mollera, no encuentro nada gracioso.

En no quererme ayudar la mollera se empeñó y cuando ella dice: «so,» no hay «arre» que la haga andar.

Te contaré lo de...

No que es una tontería.

Pues señor, ¿qué contaré?

Vaya, vaya, no lo sé.

Lo que á una tal Bonifacia una vez le sucedió...

No te lo cuento, que no tiene maldita la gracia.

¿A qué te lo he de decir?...

¿Que te lo diga? ¡Qué apuro!

Pero hija, si te aseguro que no te vas á reír.

Bien, lo contaré, hija mía,

si insistes. El caso es...

Pero no digas después que es una majadería.

Era Boni una aldeana propietaria de un molino, al cual iba en un pollino al despuntar la mañana.

Es fama que se querían los dos seres de manera que hubiera dicho cualquiera que se hablaban y entendían.

La recibía el borrico con rebuznos y monadas, y ella le daba palmadas y le besaba el hocico.

Sostiene el autor del cuento que viendo agasajos tales, había muchos zagales envidiosos del jumento.

Y con sobrada razón, que, en amante lotería, siendo tú el premio, sería ella la aproximación.

Digo, Elisa encantadora, que en dirección al molino iban Boni y su pollino cuando rayaba la aurora.

El andaba muy ligero; mas cuando se detenía, ella sólo le decía cariñosas: Anda, lucero.

Era la distancia larga, mas la salvaba el pollino bendiciendo su destino que le dió tan dulce carga.

Iban así á trabajar un día tras otro día,

y nunca les sucedía nada de particular.

Siguieron ambos en gracia de Dios el mismo destino, hasta que murió el pollino y se casó Bonifacia.

Esta es la historia, Elisita, de la niña y su jumento. Y ya has visto como el cuento no tiene gracia maldita.

JOSÉ ESTREMEIRA.

UN VALIENTE

I

Dentro de poco, Elena, veremos frente á frente al enemigo; mas no te cause pena, ¿quien me podrá matar si estás conmigo? El plomo hacia mi pecho encaminado verá en mi corazón tu rostro puro, y, de su negra acción avergonzado, volverá, de seguro, contra el mismo fusil que le ha lanzado. Aunque nuevo en tan rudas emociones, pensando en defender la patria mía, siento esa valentía que mira con desprecio los cañones. Compasión me produce el fin tan triste de esa falange que á buscarnos baja... ¡Armado un español con su navaja ni la hueste de César le resiste! No creas que es alarde; yo tengo tal concepto de la gloria, que he pensado, al leer no sé qué historia, que Francisco primero fué un cobarde. Un cobarde, sí tal, ¡falto de seso!... ¿A quién se le ha ocurrido decir que se ha perdido todo, mas no el honor, estando preso!

Más quisiera escribirte, pero escucho el tambor que nos llama... Ya en loco afán mi corazón se inflama, y aunque te quiero, como síhas, mucho, la Ordenanza reclama que olvide á la mujer por el cartucho.

II

Hija, nos han vencido; aquel bésico ardor se ha moderado; el que no ha muerto, ha huido... Como comprenderás, yo me he salvado... ¿Qué remedio?... ¡Aguantarse!... Tengo el cuerpo cansado y dolorido, porque en la acción de ayer he recibido un culatazo en... ¡donde deben darse!

LUIS DE ANSORRINA.

DE LA GLORIA... AL CHOCOLATE

(SUEÑO SIN PIÉS NI CABEZA)

Sofiar, sueña cualquiera, y todo el mundo sabe, ó debe de saber, aquellas famosas décimas de *La vida es sueño*. Pero no todos saben lo que sueñan ni tienen la facultad retentiva de recordar despiertos, con todos sus ápices, lo que soñaron dormidos.

Yo soy de los que sueñan raras veces. Mis sueños no suelen ser sueños dorados de esos que ya deben de haber perdido el oro en fuerza del uso y del abuso que se hace de ellos, principalmente en poesía. Mis sueños, comúnmente, son sueños de febricitante. Á veces sueño que me he caído en un pozo, y... despierto con la chistera embutida hasta el cogote; ó que me estoy ahogando en alta mar y despierto abrazado... al botijo del agua. Otras, que me están cosiendo á puñalada limpia ó que estoy estrangulando á un poeta lírico de esos que reconocen por padres á un ruisñor y á una alondra... como Zorrilla. De estos sueños fatídicos tendré media docena al año, y creo que exajero.

Puedo decir, sin temor de ser desmentido, que diría *La Correspondencia*, cuyas noticias suelen ser, sin embargo, frecuentemente desmentidas, que el sueño que tuve anoche es quizá el único sueño decente (porque los tengo también muy *verdes*) que he soñado en mi vida.

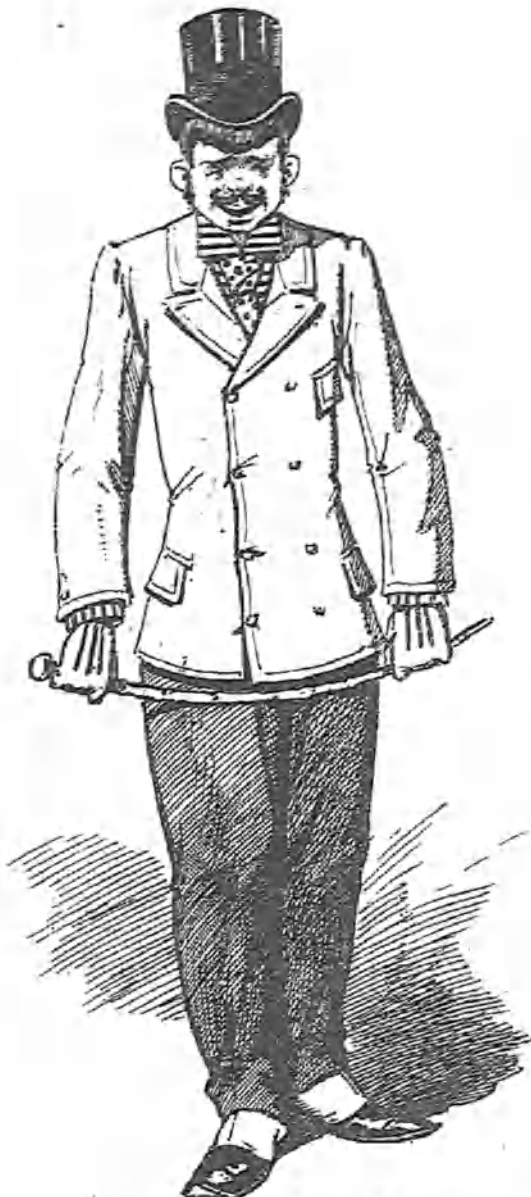
No se crea—¡oh maledicencia!—que trato, ni por pienso, de imitar á Quevedo en esto de publicar mis sueños. Empeño mi palabra—sin pedir la papeleta, por supuesto—de que no he de sacar á plaza más sueños que el que van VV. á leer, si tienen paciencia para ello. Una lata, pase.

Soñaba yo... (así creo que empieza aquel hermoso sueño de Manrique), soñaba yo que viajaba en globo. ¡Qué apuros los que pasamos para hincharle! Suprimamos los *detalles*, ó las circunstancias, como dice la gente castiza, y en dos plumadas despachemos nuestra excursión aérea. Nada de recordar á Verne, que para maldito lo que me sirve en este caso, ni de hollar en diccionarios enciclopédicos por la letra *a* (aerostatos). Conste que se trata de una cosa puramente soñada y recuérdese que los sueños, sueños son, que dice Segismundo.

Al arrancar el globo sentí como que salía yo de un abismo, furiosamente soplado por un enorme fuelle. En mis orejas zumbaba el aire con rumbidos de telar. Mis nervios temblaban... como la hoja en el arbol y se apoderó de mí un pánico que no hallo palabras con que describir, como dicen los que se meten á narradores sin tener imaginación ni estilo. Recuerdo que intenté arrojarme de la barquilla; pero el que dirigía el globo—porque mi globo era dócil y se dejaba guiar—me agarró de la levita (claro que no era de la levita porque yo duermo como duerme la gente), dándome un grito que ni León y Castillo. En alas de mi ardiente fantasía (Espronceda, al paño: eso es mío) me perdí en un mar—ustedes dirán si cabe hablar de mares en *plena vista*—en un mar de confusiones (frase hecha como un cubierto de dos pesetas).

Resumiendo, como diría cualquier diputado que lee á menudo *La Correspondencia*, logré reponerme del susto y trabé conversación con mi *cicerone*.—Oiga V., ¿y á dónde vamos?—Pues á la Gloria.—Pero ¿á cuál Gloria?—Toma, al Templo de la Gloria.—¡Caracoles! Pero mire V. que yo no soy *inmortal*, ni ganas.—Tampoco lo soy yo y no hago más que ir y venir de la Gloria. Si hay más curiosos que ruda. ¿A qué va la gente al Escorial? Á ver verdad, usted? Pues á eso, ni más ni menos, va la gente al Templo de la Gloria, salvo los que van á él por otro motivo y que se llaman así, *inmortales*, como dice V.—Cuidado que tendrá que ver...—¡Pst! Para mí maldito lo que tiene de particular.—Á ver, cuénteme V. algo, aunque sea muy á la ligera.—¿Usted ha estado alguna vez en el Escorial?—Ya lo creo.—Pues la fachada viene á ser algo parecida.—Dejemos la arquitectura; hablemos de los genios, porque supongo que todos los que habitan en la Gloria lo serán.—Buenos genios están todos ellos; son una *güñía* de envidiosos que se pasan la vida mordiendo los unos á los otros y criticando

VARIEDADES



Puesto que le he parecido simpático á su marido ella es cuestión de un segundo. ¡Como que yo siempre he sido simpático á todo el mundo!



—Desengáñate, Sinfioriano, el hombre cambia. Yo, cuando no tenía camisa, pedía la liquidación social; y ahora, desde que me han dao cuatro reales en eso de la ronda secreta ¡hasta me alegro de que suba la Bolsa!

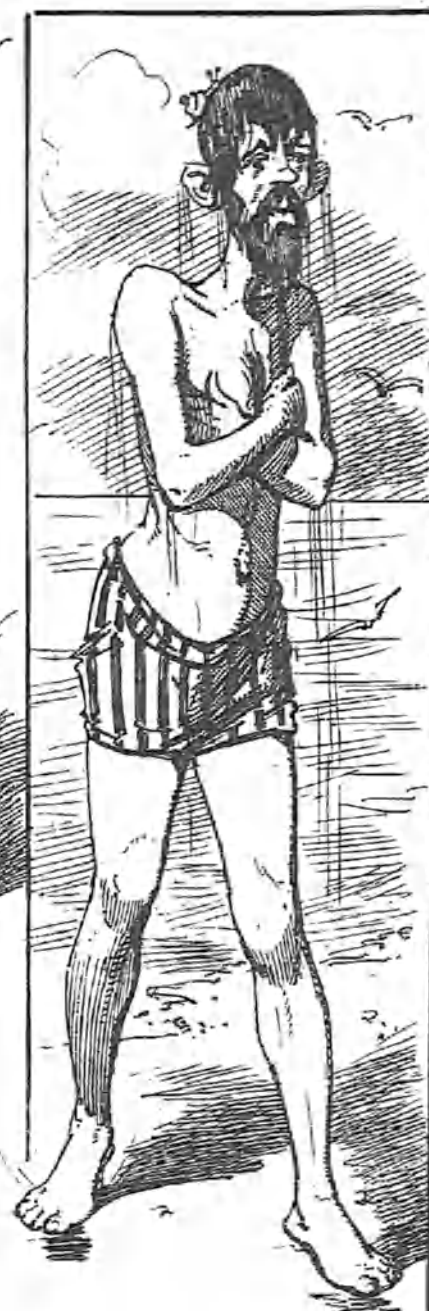


—Al salir me dió un vahido, y como perdí el sentido quedé tendida en la playa.

—¿Tendida?

—Sí.

—¡Vaya, vaya! ¡y no haberlo yo sabido!



Pues á pesar de todo, cuando se viste, ninguna sefiorita se le resiste.



Se ahorra uno los diez céntimos y se llega antes que el tranvía.



—Papá, anoche he oido ruido en el cuarto de la criada.

—Anteanoche querrás decir.



—También han preso al Melón, chulo, granuja, ladrón, que tiene cuatro queridas, dos de ellas bien parecidas... ¡Qué suerte tiene el bribón!



—Tú tendrás toos los vicios que quieras, pero la verdad es que ningún hombre tié derecho á ponerte la mano en la cara.

—¡Ni en ninguna parte!



—¡Hola! ¿ya tienes otro perro más bonito?

—No, señor; es que le hemos pintado para que esté de moda.

4.11. Apolo, que es el jefe de ellos. Dicen que ya está chocho para versos, que ya no le queda más que el ripio, como á los músicos viejos el compás. El hombre no deja de ser hombre ni aun en la Gloria.

—No sus V. hiperbólico.—Si exajero que me esquilan. En fin, V. los verá. Verá V. á Voltaire burlándose de Shakespeare; oirá V. á Góngora y á Quevedo llamar galápago y poeta entre dos platos á Ruiz de Alarcón, quien, á pesar de su joroba, es un sujeto excelente, sobre todo muy sufrido. Quizá por eso se metan con él. Oirá V. á Schopenhauer decir linderos de Hegel. Pero estos últimos pertenecen á otro grupo, al de los filósofos, como se llaman ellos.—Y los poetas, ¿qué vida es la que hacen?—Pues tocar la lira y la cítara todo el santo día y murmurar á la sordina los años de los otros. Se desayunan con agua de la fuente Castañá ó de la de Aganipe; almuerzan tortillas de clavos y de lirios; cenan sonetos y odas sin salsa, décimas fritas, ensalada de laureles y de mirros... ¡Qué se yo! ¡Se dan cada atracción de hierbas!—Estarán hechos unas láminas...—Claro. Así es que á cuantos les visitan, lo primero que les piden es algo sólido, un panecillo, una chuleta, algo así...—¿De modo que están como estaban en la tierra?—¡Peor!—Y yo que me figuraba que les tratarían como á reos en capilla!—¿Cómo á reos en capilla?—¿De qué se asombra V.? A un reo en capilla no le dan gusto en todo menos en lo de revocarle la sentencia?—Es verdad. Pues sí, en la Gloria matan á los poetas de hambre.—Vamos, como mataba á sus pupilos con las mismas armas aquel domine Cabra de Quevedo.—No en balde maldicen á todas horas de los dioses y de la fama y de la inmortalidad.—Eso son los poetas.—De los filósofos no sé, los trato poco.—Pero ¿no están todos bajo un mismo techo?—Sí, pero separados. El edificio consta de diez pisos. En el primer piso, que tiene muchos departamentos, habitan los genios de primera magnitud. Allí están Homero, Shakespeare, Goethe, Milton, Dante, Cervantes y otros muchos. Los autores dramáticos viven parados por medio de los novelistas, y los críticos de los poetas líricos, que están á matar. En el último piso viven los escritores de talento, si no vulgar, no muy señalado, que digamos.

En esta charla nos entretuvimos durante nuestro viaje por los aires. Por fin, llegamos *sin novedad*, como dicen los noticieros cuando fondea algún barco en puerto.—A decir verdad, no me gustó ni con mucho, aquello. Así como al llegar á ciertas estaciones se oye:—¡Un botijo de leche! ¡A las buenas mantecadas!—al llegar á la Gloria, á los alrededores de la Gloria, mejor dicho, se oye el confuso vocerío de una poetambre que debe de ser aquella de que habla Cervantes en su *Viaje al Parnaso*, que gritan:—¡La divina comedia, una peseta! ¡El papel vale más! ¡Don Quijote de la Mancha, dos pesetas!...—Recuerda aquello algo de la Puerta del Sol.—Usted me guiará—dije á mi *cicerone*,—porque yo no he visto esto nunca, ni en pintura. Por las trazas, noto que este no es el templo que nos pinta la mitología.

—Bueno, le guiaré, pero sería conveniente que tomásemos antes alguna cosa.—Pero, ¿hay fondas por estos andurriales?—¡Fondas! ¡Que si quieres! Yo he traído una bota de vino, unas chuletas y pan.—¡Ah, qué ideal como dicen en los dramas cursis y en los no cursis también.

En un santiamén nos engullimos aquellos comestibles y vaciamos la bota. Ni que decir tiene que mi *cicerone* se la bebió casi toda.

Así andaba de chispa. Echamos á andar y á poco trecho topamos con el Templo, cuyo aspecto sombrío recordaba *efectivamente* la fachada del Escorial. Á un lado y otro se extendían largas hileras de naranjos en flor y de laureles, y entre árbol y árbol asomaban sus dormidas cabecitas blancas unos perfumosos jazmines que aún no habían abierto los ojos á la luz.

Recuerdo que en la portada del Monasterio de San Lorenzo figuran seis estatuas que representan los reyes del Antiguo Testamento de la tribu de Judá y de la familia de David. Pues á la portada del Templo de la Fama (del que yo he soñado), figuran cuatro estatuas que simbolizan... La Pobreza, La Envidia, El Dolor y El Aplauso (que tiene un gran hombo suspendido en la una mano y en la otra una á modo de porra), y por encima de todas, cobijándolas bajo sus enormes alas, sobresale un pajarraco que parece un buitre, aunque de mayor tamaño, de cuyo encorvado pico sale un letrero que dice:—Propaganda, luz y... rapiña.—Al decir de mi *lacarillo*, representa el tal pájaro al editor...

Y basta de descripciones, que parecen un catálogo de Exposición de pintura, ó cosa así.

Llegué en mal día, porque aquel no era día de visitar interiormente el famoso alcázar de la inmortalidad. Según me dijo un portero (que por cierto se parecía mucho á otro del Congreso) los días señalados para visitar aquel recinto eran los jueves y los sábados. Me dijo también que para entrar se exigían no sé cuántos requisitos. Todas estas dificultades me trajeron á la memoria aquel artículo de *Figaro*, «Vuelva V. mañana.»—Pues lo que es yo no pierdo mi viaje. Yo entro, aunque me obliguen á leer después *La Campana de Huesca*, de cuyo autor nadie tiene noticias por aquellos contornos. Tan grande fué el escándalo que armé con los conserjes, que advertí que los balcones empezaban á llenarse de gente. Goethe y

Shakespeare se asomaron primero y después Cervantes.—Vea V., D. Miguel, lo que me pasa: yo he venido expresamente desde la tierra á visitarlos y se me ha negado la entrada. Yo, insigne novelista, he leído todas vuestras obras y he leído entre pucheros de mal contenido tanto con las locuras de vuestro hermoso *Don Quijote*. En ese libro hay mucho de las tristes alegrías del amanecer...—Adiós! ¡Cervantómano!—of que me gustaba desde el cuarto piso un individuo que *resultó ser* (estilo de parte de policía) Fernández de Avellaneda.—No haga V. caso, joven, me dijo Cervantes con desafiada sonrisa; aguárde V., que voy á dar orden para que le franqueen la entrada...

En esto, cuando me apercebía para dar un abrazo al más ingenioso y divertido de los novelistas, una voz beceril me despertó, diciéndome:—Señorito, el chocolate.

—De buen grado—murmuraba yo medio dormido, con la fantasía alteando todavía, como pájaro á medio marie, en la bochornosa atmósfera del ensueño,—de buen grado le llevaría á Cervantes este chocolate, aunque más que chocolate pareciera agua de polvo de ladrillo...

FRAY CANDIL.

DESDE ELORRIO

Mi querido Director:
Tomar aguas me conviene
y en Elorrio se me tienen
con más frío que calor.

Si me decidí á bañarme
no es por moda ni capricho:
es que el médico me ha dicho
que tengo que *sulfurarme*.

Con mi esposa tomé el tren
para que por mí procure.
Pues: Va que yo me *sulfuro*
que se *sulfure* también.

Siempre unido, sí, por Dios,
debe ir un buen matrimonio.
¡Si reviento, qué demonio,
reventaremos los dos!

Mi asombro no pongo á raya
porque el caso maravilla.
Dejo *el verano* en Castilla
y hallo *el invierno* en Vizcaya.

Siempre lloviendo á destajo
el cielo aquí se desploma,
y en fin que *el agua se toma*
por arriba y por abajo.

En Vizcaya llevo un día
y casi domino el Vasco.
Sé decir ESCARRICASCO,
ARILLO y ATÓS MALTÍA.

La dificultad se vence
muy pronto porque no es grande.
La otra carta que le mande
se la escribiré en Vascondence.

Podré escribirla sin pena
que no la invidiarán.
Como no la entenderán
les parecerá muy buena.

La existencia es un edén
en este *Establecimiento*,
y respecto al *tratamiento*
médico, estamos muy bien.

Tenemos un Director
ilustrado y competente
y, fino y condescendiente
y digno y sabio Doctor.

No economiza molestia
por atender y agradar,
y no le quiero nombrar
por no ofender su modestia.

La *cocina* es deliciosa:
A la mejor deja atrás,
y me gusta mucho más,
más que *el agua sulfurada*.

El manantial superior
á la enfermedad domina,
pero también la cocina
limpia, fría y de esplendor.

Aunque nada haya que hacer
se pasa el día en un brinco.
Yo me levanto á las cinco,
que es casi al amanecer.

Saludo á la matinal
aurora que Oriente fragua,
y me tomo un vaso de agua
de esa que huele tan mal.

Lo apuro con heroísmo:
Me paseo con aplomo,
y al cuarto de hora me tomo
otro vaso... de lo mismo.

Traje el segundo deslíz,
cuando paseado está,
tomó el tercero, que ya
se sale por la nariz.

Aunque es su sabor extraño
á la salud me esclavizo.
A las seis me *pulverizo*,
á las siete tomo el baño.

Subo á mi cuarto, me aseo,
y bajo al sótano oportuno
á tomar el desayuno
con un hambre que no veo.

Después á mi obligación,
que de eludirla no trato,
A *calgarme al aparato*
de la civilización.

Trasmito algún telegrama:
á la una vuelvo á comer.
A las dos vuelta al deber,
luego cenó, y á la cama.

Hago el signo de la cruz.
Paso fumando una hora,
le cuento algo á mi señora
y luego... apago la luz.

Esta es mi vida y mi afán.
Siempre á *servirte* me obligo,
y ya sabes que es tu amigo

JOSÉ JACKSON Y VIVÁN.

INVITACIÓN

Idolatrado Lesmes: Tengo que darte
una buena noticia que ha de gustarte.
El domingo que viene, si no hace frío,
(porque de este verano ya no me fio),
iremos de merienda los de mi casa
con las niñas del primo de doña Blas
y la viuda del conde que vive al lado,
(es ella la que vive, por de contado)
y las tres vecinitas del entresuelo
con el novio de Pura, que es violonchelero,
y el marido de Tecla, que es abogado,
y el hermano de Lola, que es jorobado.
Me pondré aquel vestido que á ti te agrada,
de color de amapola desazonada.

Todo lo que llevemos será hambre.
 ¡Cuánto disfrutaremos matando el hambre!
 Llevaremos tortillas, jamón, pichones.
 Valdepeñas, sardinas, melocotones,
 butifarra, galletas y otras mil cosas
 exquisitas de suyo y apetitosas.
 Iremos al Vivero, que es buen paraje,
 nos escabulliremos entre el ramaje,
 y allí sobre la alfombra verde y mullida,
 que es lo que más te gusta, prenda querida,
 comeremos sin duelo ni desazones
 y bailaremos polkas y rigodones.
 Para que no te ofendas, bueno sería
 que tú llevases algo, vidita mía,
 algo que te sangrase poco el bolsillo
 como los comestibles y el organillo;
 que lo demás, nosotros lo pagaremos,
 á excepción del tranvía, si en él volvemos.
 Por Dios, no faltes, Lesmes... ¡Lesmes querido!
 No temas que mi madre te dé un bufido,
 que aunque siempre te ha dicho mamá que nenes,
 es porque no te ha visto con provisiones.
 ¡Adios, morrongo mío! ¡Muerta de pena
 va á estar hasta el domingo tu

MAGDALENA.

La respuesta de Lesmes no fué tardía...
 Pero es mejor dejarla para otro día.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

SEÑORAS BUFAS

—¿Qué es esto? ¡Maldita sea!
 Oiga usted, so mamarracho,
 como vuelva usted á tirar
 cosas húmedas al patio,
 la desfiguro esa cara
 de mona que Dios la ha dao.
 —¡Jesús que miedo!

—Pues hombre,
 ni aunque una fuese un guñapo
 pa que estén sin más ni más
 ensuciándola á cá paso.
 —¡Ay, hija mía! ¿Y por qué
 no se alquila usted un palacio
 pa que nadie la incomode?
 —Porque no puedo alquilarlo.
 Eso se queda pa usted,
 que trata con millonarios
 á ciertas horas.

—Señal
 de que puedo, cuando irato.
 ¿Es caridada te es envidia!
 —¡Mía que envidia!

—Se dan casos.

—¡Quizás!
 —Como que es usted
 mas fea que hecha de encargo
 y no se la arrima un hombre
 regular hace mil años.
 —¡Adiós, hurí!

—No seré
 ningún sol, pongo por caso,
 pero voy á todas partes.
 —Sí señora, en eso estamos,
 en que va usted á todas... ¡Justo!

y tan y mientras el ganso
 de su marido de usted
 se hace el remolón; es claro,
 como le llenan la andarga,
 ya se ve...

—Y el de usted en cambio
 trabaja como un pollino
 pa que otro se de buen trato.
 —¿Quién se le da?

—El chupa-tintas
 que vive en el treinta y cuatro.
 —¡Puede!

—Por lo menos, eso
 dice la gente del barrio,
 y si la gente lo dice
 debe decirlo por algo.
 —Calle usted, grandísima...

—¡Eh!
 No hay que faltar, porque bajo
 y la arrimo á usted dos tortas
 en menos que canta un gallo,
 por más de que luego tenga
 que jabonarme las manos.
 —A que no.

—¿Quiere usted verlo?
 —Sí señora, pero...

—Vamos,
 no me se antoja que digan
 en jamás que doy escándalos;
 pero pa que usted se entere
 de que yo nunca me acharo,
 ahí va ese osequio.

—¡Indecentel
 ¡Jesús, cómo ha puesto el patio!...
 J. LÓPEZ SILVA.



En el número anterior se deslizó una errata de mayor cuantía. Hela:
 Dice Bustillo al final de su romance *Con mi pleito*:

«Y que sobre ellas caigan,
 de bigorudos labios,
 en vez de bendiciones
 los maldicientes rayos.»

Y debe decir:

«Y que sobre ellas traigan
 de bigorudos labios, etc., etc.»

Aunque, dicho así, parecé que no se altera el sentido, nada hay, des-
 dichadamente más cierto. No hay más que leer la composición para con-
 vencerse.

Y nada más.



Por cuestión de dos reales Don Antero
 á su mujer hirió con un puchero,
 y por cuestión de celos Pepe el bizco
 mató á su dulce esposa de un pellizco.
 ¡No descansa el demonio
 para alterar la paz del matrimonio!



Entre comadres:

—¿Ha visto usted quién ha entrado en el cuarto de la Vicenta?
 —¡Toma! El que viene toos los sábados á las doce mientras el marido
 se va á ver el encierro.

—¡El encierro! Más le valiera...

—Déjele usted, señora, que está siguiendo la carrera y tié que dir al colegial...



Un Don Patricio, un guasón
 que firma de esa manera,
 manda una composición
 contra la Tabacalera.

No estoy conforme del todo
 con el señor don Patricio,
 porque es el único modo
 de que nos quiten el vicio!



Libros:

Muestras sin valor ha titulado modestamente nuestro colaborador don
 Carlos Cano, una preciosa colección de artículos y poesías. Precio, Una
 peseta.

Guernizado de Acárate, segundo tomo de la colección *Contemporáneos
 ilustrados*. Estudio crítico acerca de la importante personalidad cuyo nom-
 bre forma el título del libro, hecho con gran corrección de estilo, absoluta
 imparcialidad, por D. Adolfo Vallespinosa, que da muestras en él de exce-
 lentes condiciones. Precio, dos pesetas.

Anuario estadístico de los Estados Unidos de Venezuela, hecho con profu-
 sión de datos por encargo del Presidente Sr. Guzmán Blanco, y al cual
 acompaña un mapa detallado del país.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. A. F.—Madrid.—Ni fá, ni fá, que decimos en confianza.
 Sr. D. T. P.—Madrid.—Sí, en efecto, se ve que le hace á V. falta estu-
 diar mucho primeramente.

Sr. D. L. M. de A.—Ambas son incorrectas. Y la segunda, además pasa
 de larga.

P. P.—Valladolid.—¡Pero cómo se distrae V.! ¡Se ha comido V. un
 asonante y la sílaba de un verso! Ya sabe V. que se le aprecia, á pesar de
 esa glotonería.

P.—Valencia.—Bueno y ¿á qué viene ese preámbulo? ¿A justificar esos
 versos que tenían gracia el año de las Cortes de Cádiz?

Alimtos.—¡Qué malo es eso, amigo! ¡Ah! y bueno será advertir que los
 disgustos no se cometen. Se dan, en caso.

Itarrigorri etc.—Y también eso es medianillo de veras.

Un suscriptor.—Amigo, V. dispense; pero hay mucha gente que pide lo
 contrario, y... á la mayoría de votos me atengo.

Un palentino.—A pesar del bombito que me soplas
 creo que te guaseas en las coplas.

Un ínulo de Espronceda.—¡Por la Virgen de los Dolores! No se meta
 usted en sonetos.

P. P. W.—Zaragoza.—Tiene gracia el asunto, pero ha descuidado usted
 mucho la forma.

Un copuchino.—¡Por favor, padre! Que lo hace V. rematadamente mal.
Masan...—Málaga.—No firme V. con apellidos de personas conoci-
 das, porque eso puede dar lugar á reclamaciones. La composición es regu-
 lar pero no publicable precisamente, porque tiene bastantes incorrecciones.
 Se ve que es V. defensor del matrimonio. ¡Caramba! Ya era hora de que
 pareciera uno!

Chulo.—A hacer coplitas malas
 no hay quien le venza,
 pero revela, al menos,
 poca... vergüenza.

Dr. Paganel.—Ha hecho V. un galimatías delicioso; ora quintillas, ora
 redondillas, ora cuartetos, ora asonantes seguidos, ora versos cojos... ¡ora
 pro nobis!

EL VERANO EN LAS ALTURAS



LA AURORA.—Vamos, arriba. Que van á dar las cuatro y tienes que salir.

EL SOL.—¡Las cuatro! ¿Y te parece á tí que estas son horas de levantarle á uno?

ANUNCIOS

Lit. Espiritu-Santo, 18. Madrid

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Princesas, 4, primeros Izquierda

Teléfono núm. 2100

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPAÑÍA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

en la Exposición Universal de Paris de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Álbum de 50 cartulinas, que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo.—Se pondrá á la venta en el mes de Septiembre, época en que se concluirán los viajes. Se admiten encargos.

PRECIOS

Sin encuadernar. 20 pesetas
Encuadernado en tela. 25 "
Cartulinas sueltas. 0,50 "